

# COMENTARIO

No cabe negar la eficacia de la huelga general de mediados de agosto, la cual ha sido un acto más del período revolucionario que se inició el 1.º de junio y que, si bien con un compás de espera, creemos que continúa.

La dicha huelga, que según todo lo que se va sabiendo estaba en el propósito de sus promotores que fuese pacífica o de brazos caídos, ha provocado, por de pronto, una reacción reaccionaria. (Y dispensémos la redundancia en gracia a la expresividad.) Los sentimientos antiliberales, o más bien absolutistas, de una gran parte de la burguesía española y aun de la que más blasona de liberal, hanse puesto al descubierto. Y hay quienes aprovechan esta reacción para predicar el «skatus quo» llamando snobismo intelectual a las ansias de justicia y de verdadero orden. Señálase en esto el Estado Mayor del tan elegante como corrompido conservadurismo español, cuyo tuétano doctrinal es un escepticismo materialista. Expone esa doctrina el más sutilmente venenoso y el más elegantemente inmoral de los órganos periodísticos españoles; el órgano de la inespiritualidad y de la hómida vanidad pseudoaristocrática.

Empieza, por otra parte, a resucitarse aquello de que el liberalismo es pecado y las enseñanzas del «caureo librito» de Sardá y Salvany, que es uno de los que siempre tenemos a mano. Y sus doctrinas nos parecen, excusado es decirlo, acaso más locas e intelectualmente más absurdas que las del elegante órgano conservador a que aludimos; pero de más pura fuente moral, de más honrada intención. El materialismo conservador, escéptico y volteriano, es la posición que más nos repugna.

La última huelga general y su represión ha de tener, queremos creerlo, una profunda influencia sobre la política y hasta sobre la cultura civil española. Con lo que no cabrá decir que haya sido perdida. Creemos, con Jorge Sorel, sutilísimo pensador, en la eficacia de las huelgas generales, hasta cuando a los ojos de los observadores superficiales y amedrentados parecen haber terminado en un fracaso. Y no creemos, como nuestro ex amigo el señor conde de Romanones, que haga falta en ellas un programa y un grito. O basta un grito inarticulado como el que provoca un dolor. Y que al pueblo español le duele no cabe duda, piensen lo que pensaren los elegantes y corrompidos escépticos conservadores que sólo tratan de perpetuar esta época de vanidad histórica.

Por de pronto se nota una aproximación de los jaimistas, a quienes mejor es llamar carlistas, y mejor aún absolutistas, hacia la dinastía

vigente y hacia el Gobierno conservador de Dato. Este señor, con su conducta al aceptar el Poder, al negarse a convocar las Cortes y al proceder como ha procedido frente a una huelga general; ha logrado lo que no logró D. Alejandro Pidal con su llamada a las que en un tiempo se llamó «las honradas masas». Estas masas—¡y tan masas!—, muy menudadas ya de lo que eran entonces y desengañadas de su D. Jaime, que parece inficionado de liberalismo vitando y que hasta canta la «Marsellesa»—¡horroriza pensarlo!—van a engrosar en lo que recordando sin duda lo de partidos legales e ilegales hemos dado en llamar la legalidad. (Que no hay que confundir con la justicia.) Por de pronto, en no pocas partes, los requetés se han ofrecido al Gobierno como Policía honoraria.

Este ingreso de las masas absolutistas en el partido conservador y en el de Dato, puesto que Maura es, dígame lo que se quiera, demasiado liberal y demócrata y constitucionalista para esas masas, dará a ese partido nueva vida, robusteciendo su último sentido anticonstitucionalista. Porque todos sabemos que Dato y sus compañeros de Gabinete se han prestado a las maniobras menos constitucionales y propenden a apoyarse en un sentido de monarquía absoluta. El partido conservador idóneo—¡qué bien le salió a Maura este epíteto!—es francamente partidario de lo que ha dado en llamarse el Poder personal o sea del absolutismo monárquico. Saben que éste es el mejor escudo de la irresponsabilidad ministerial. Y no hace mucho que un escritor tan sereno y tan agudo como es hoy, Ramiro de Maeztu, asentaba, y no para execrar de ella, la horrible pesadilla del «despotismo ilustrado». En el despotismo no ilustrado, o más bien en el despotismo antiintelectual, creen las susodichas masas, cuyo primer principio político es el de que hay que meter en cintura a todo el que piense por cuenta propia, a todo hereje, sea peligroso o político. Porque para estos sujetos hay también una ortodoxia patriótica.

El absolutismo español acabará ingresando en la llamada legalidad convencido de que es hacedero convertir en absolutista a nuestra suprema institucional política; pero en cambio el partido, o más bien los partidos—porque hoy son dos—liberales constitucionalistas no se verán aumentados por elementos del otro extremo. Los que en España anhelan que se pueda llegar a un gobierno de opinión pública, de ver-

dadera soberanía popular y a la vez de justicia, a una verdadera democracia, éstos no pueden ingresar en los partidos monárquicos liberales tal y como están hoy formados e informados. Esos elementos de la extrema izquierda, de lo que se llama así, tienen que mantenerse fuera de la llamada legalidad. Ni los legales—pásemos la expresión—hacen nada por atraerlos. Cuando han querido intentarlo ha sido ofendiéndoles. Todo lo que se ha buscado alguna vez ha sido sórdidas e inconfesables colaboraciones.

Claro está que carecen también de efectivo valor teatrales entrevistas, sin otro objetivo que su publicidad, con respetabilísimos repúblicos a quienes el implacable tiempo ha reducido a no ser sino recuerdo de un merecido alto prestigio. Ni hay que olvidar qué homenajes de respeto recibió después de muerto Joaquín Costa de quienes no le hicieron ningún caso en vida. No; las comedias no tienen duradera eficacia en política.

Duros y tristes días van a pasar la democracia y el liberalismo españoles. De las elecciones nada hay que esperar. ¿Habrá que esperar, por doloroso que nos parezca, de las huelgas generales.

Miguel de Unamuno.

